

CIENCIA, RELIGIÓN Y DESARROLLO : ALGUNAS CONSIDERACIONES INICIALES

Preparado por el Instituto para Estudios en Prosperidad Global¹

Los profundos cambios que moldean los asuntos humanos actualmente, sugieren que nuevos modelos de vida—de grandes repercusiones en cuanto a su capacidad de liberar el potencial humano—se encuentran dentro del alcance de una comunidad global en rápida evolución. Los avances en el conocimiento que abarcan una creciente gama de disciplinas, el surgimiento de mecanismos internacionales que promueven la toma de decisiones y la acción colectivas y el incremento continuo de la capacidad de las masas de la humanidad para articular sus aspiraciones y necesidades, auguran un gran salto hacia adelante en la evolución social del planeta. La realización de la promesa que tales cambios encierran, sin embargo, requerirá de un nuevo examen penetrante de los patrones de desarrollo social y económico prevalecientes.

La meta de contar con condiciones de justicia y de equidad que promuevan tanto el bienestar individual como colectivo, es aún evasiva. A un extremo, la privación y la desesperanza afligen a vastos números de entre los pueblos del mundo, mientras que al otro, un segmento limitado de la raza humana goza de una afluencia conspicua e irrestricta. Arraigados patrones de dependencia y pobreza van acompañados de una gran desilusión por los rasgos distintivos de la época moderna. Como visión de la sociedad, la búsqueda implacable de la riqueza dentro de un mercado impersonal y la frenética experimentación con los distintos modos para satisfacer los deseos personales, son rechazadas por ser ajenas a las esperanzas y energías nacientes de los individuos de todas partes del planeta. Ya no es posible seguir creyendo que el enfoque de progreso social y económico engendrado por la concepción materialista de la vida sea capaz de conducir a la humanidad hacia la tranquilidad y prosperidad que busca.

Las dificultades con las que el trabajo de desarrollo se ha topado por casi cinco décadas, en particular la incapacidad de evocar el compromiso de las mismas personas que tales esfuerzos han pretendido servir, apuntan directamente a la necesidad de nuevos conceptos y modelos de desarrollo. A pesar de que quienes trabajan en el campo de desarrollo han tomado conciencia en forma gradual de los muchos factores interrelacionados que subyacen al avance social y económico, el discurso contemporáneo del desarrollo continúa siendo gobernado por una gama limitada de supuestos y enfoques. Queda claro que se necesita incorporar al pensamiento sobre el desarrollo, un conjunto complejo pero vital de preguntas tocantes a la naturaleza y propósito humanos. Se debe atraer la atención hacia una esfera de asuntos que vaya al corazón de la identidad y motivación humanas. En su mayoría, las iniciativas sociales y económicas han descuidado los valores, las tradiciones y percepciones de la parte interesada y central en el proceso de desarrollo—la gente misma. En gran medida la agenda internacional del desarrollo ha pasado por alto el hecho de que la mayor parte de los pueblos del mundo no se ven a sí mismos simplemente como seres materiales que responden a las exigencias y circunstancias materiales, sino más bien como seres morales interesados en la conciencia y propósito espirituales. Por lo tanto se hace evidente que los criterios principalmente económicos y materiales que en el presente guían la actividad de desarrollo deben ampliarse para incluir aquellas aspiraciones espirituales que animan la naturaleza humana.

¹ El Instituto para Estudios en Prosperidad Global es una institución de investigación que trabaja en colaboración con la Comunidad Internacional Bahá'í.

Las estrategias y los programas de desarrollo existentes se encuentran muy lejos de tomar en cuenta aquellas dimensiones espirituales y sociales esenciales de la vida, tan fundamentales para el bienestar humano. La civilización misma no surge meramente del progreso material, sino que se ve definida por los ideales y las creencias compartidas que unen a la sociedad y se fundamenta en ellos. El componente trascendente de la vida es lo que define de manera única la experiencia humana. Es esta dimensión de la existencia la que enriquece, ennoblece y provee de dirección a los seres humanos. Es esta dimensión de la vida la que libera las capacidades creativas del interior de la conciencia humana y la que salvaguarda su dignidad.

Aunque obviamente los enfoques pragmáticos a la solución de problemas deben desempeñar un papel central en las iniciativas de desarrollo, el explotar las raíces espirituales de la motivación humana provee el impulso esencial que asegura el avance social genuino. Cuando los principios espirituales se integran de lleno a las actividades de desarrollo comunitario, las ideas, los entendimientos y las medidas prácticas que surgen, tienden a ser aquellas que promueven la independencia y que preservan el honor humano, evitando así hábitos de dependencia y eliminando progresivamente las condiciones de amplia disparidad económica. Un enfoque de desarrollo que incorpore imperativos morales y espirituales con mayores probabilidades conducirá a cambios duraderos en la conducta individual y colectiva.

En última instancia, en su esencia, el proceso de desarrollo se ocupa tanto de la transformación de los individuos como de las estructuras sociales que crean los miembros de la sociedad. El surgimiento de modos de vida pacíficos y progresivos requiere de un reordenamiento interno y externo, y tal reordenamiento únicamente puede ocurrir cuando se transforma el corazón humano. Por tanto, para ser efectiva, la actividad de desarrollo debe apuntar directamente a la vida interior y al carácter de los seres humanos al igual que a la organización de la sociedad. Su propósito debe ser el de promover un proceso de cambio social que engendre la cooperación, la compasión, la rectitud de conducta, y la justicia—una transformación que impregna cada uno de los aspectos de las relaciones que gobiernan la actividad humana.

Desde esta perspectiva, el avance material es bien entendido no como un fin en sí mismo, sino más bien como un vehículo para el progreso moral, intelectual y social. De igual manera, cualquier realce significativo en el bienestar material fluye solamente de la aplicación concreta de preceptos espirituales tales como la equidad, la honradez y el altruismo. Por ende, el reconocimiento de la conexión inseparable entre los aspectos materiales y espirituales de la vida, hace surgir una noción de desarrollo fundamentalmente diferente.

ANTECEDENTES HISTÓRICOS

Los orígenes del campo moderno de desarrollo se remontan a un conjunto de circunstancias asociadas al colapso de los sistemas coloniales y al surgimiento de nuevos estados naciones luego de la Segunda Guerra Mundial. Los primeros programas y estrategias de desarrollo estaban bajo la influencia directa del exitoso modelo de reconstrucción europea realizada bajo el Plan Marshall. Este modelo planteaba una senda de modernización enfocada casi exclusivamente hacia la industrialización. La tendencia básica de esta política era la búsqueda del máximo crecimiento de las economías de los países en vías de desarrollo, que, se creía, generaría riqueza y empleo suficientes como para gradualmente hacer partícipes en la actividad productiva a la mayor parte de sus poblaciones.

La acumulación de capital, la transferencia de tecnología y conocimientos prácticos relacionados, la introducción de métodos modernos de administración, y la inyección significativa de ayuda extranjera fueron los principales elementos de un enfoque diseñado para traer los beneficios de la modernidad a las masas del mundo.

Aunque bien intencionado, este paradigma de modernización probó ser desastroso desde muchos puntos de vista. En su intento por liberar el potencial de los pueblos del mundo en vías de desarrollo, el proceso de industrialización dio como resultado grandes migraciones de las áreas rurales hacia las urbanas, y a una ruptura concomitante en la cohesión social. Tal migración no fue casual, pues se la consideraba una manera necesaria e incluso deseable de acelerar el crecimiento económico. Implícita en este enfoque de desarrollo, estaba la opinión de que la mayoría de los habitantes de las regiones rurales llevaban vidas improductivas que necesitaban cambiar de rumbo. Su concepción global revelaba las percepciones erróneas y paternalistas de los planificadores de desarrollo.

Conforme se hacía más evidente la ineficacia de las estrategias empleadas para alcanzar los ambiciosos objetivos de crecimiento, el foco de atención se dirigía, durante la década de los años sesenta, hacia cuestiones culturales, demográficas y tecnológicas. Ya que el crecimiento económico continuaba siendo el fin principal, se destinaron recursos considerables a la exploración de medios para superar los obstáculos en su camino. Los programas dirigidos hacia la salud y la educación, y los esfuerzos concertados para modernizar los métodos agrícolas por medio de la Revolución Verde, a menudo se citan como los triunfos más notables de este período. Subyacente a estos programas se encontraba el supuesto de que las poblaciones rurales eran ingeniosas y que únicamente carecían de las herramientas apropiadas. En resumidas cuentas, si se lograba el avance de la base tecnológica de estos pueblos, con seguridad esto sería seguido por la prosperidad económica.

La Revolución Verde sólo fue parcialmente exitosa. La producción alimenticia se incrementó notablemente, y casi es seguro que millones fueron salvados de la hambruna inminente. Pero la brecha entre ricos y pobres también aumentó, tanto en las aldeas como en las ciudades que recibían una corriente constante de trabajadores ambulantes en busca de una vida mejor. Como resultado, el pensamiento sobre el desarrollo comenzó a poner de relieve las necesidades de los pobres, y su porción y participación en el crecimiento económico. El reconocimiento de que aún después de dos décadas de la actividad de desarrollo, el número de aquellos que vivían en la pobreza absoluta estaba a punto de alcanzar los mil millones, tuvo un efecto alarmante para los diseñadores de políticas y para los trabajadores de campo por igual. Esto dio lugar a un nuevo examen de la cuestión de la equidad. Las agencias internacionales comenzaron a dedicarse a extensas iniciativas enfocadas específicamente hacia “los más pobres de entre los pobres”. El crecimiento con equidad y la atención a las necesidades básicas del ser humano, se convirtieron en las inquietudes principales de la comunidad de desarrollo.

Al final de la tercera década de desarrollo, millares de proyectos emprendidos no solamente por gobiernos y agencias internacionales sino también por un número importante de organizaciones no gubernamentales, habían hecho que fueran posibles análisis bastante sofisticados del avance social y económico. El diálogo y los estudios intensivos habían esclarecido lo intrincado de varios temas, comprendiendo: la tecnología apropiada, la función de las mujeres en el desarrollo, la planificación e implementación de proyectos como medio para fomentar la capacidad comunitaria e institucional, la conservación ambiental, el desarrollo centrado en las personas, la organización comunitaria y la evaluación de proyectos. Finalmente se había puesto en marcha un proceso de aprendizaje que reconocía la gran complejidad del desarrollo.

Sin embargo, en general, no hubo un cambio fundamental en la manera de percibir a los pobres. La imagen predominante, que ha persistido desde los inicios de los años setenta, esencialmente reduce la realidad actual a una interminable colección de problemas y necesidades—personas que sufren a causa de alimentación, vivienda e higiene inadecuadas; con un ingreso limitado a la educación; carentes de acceso al capital y a la tecnología moderna; o incapaces de alcanzar niveles de consumo razonable. Si bien este creciente reconocimiento de las múltiples causas subyacentes a la pobreza, representa un paso hacia adelante, no es del todo claro cómo puede

emerger un enfoque integrado y orgánico de desarrollo, que haga partícipe a la gente más afectada. Las medidas ampliadas o fragmentarias que abordan problemas estrechamente definidos han fracasado, y sin duda continuarán fracasando en aliviar la extensa miseria y el desorden social que ahora envuelven a porciones significativas del planeta.

Hoy día, a pesar del creciente énfasis en la participación y potenciación de la comunidad local, los programas de desarrollo a menudo se gestionan o se inician desde afuera, y no desde las bases de la sociedad. Aún quedan por implementarse en un grado significativo, verdaderos enfoques participativos para el progreso social y económico que sean de carácter holístico. Pero lo más importante es que sin una visión unificadora de la vida y de la sociedad, el desarrollo centrado en las personas, por creativas que sean sus manifestaciones actuales, probablemente no conducirá a una mejoría sistémica en sus vidas. Esta visión debe necesariamente abastecerse de la muy arraigada comprensión espiritual acerca de la condición humana, sostenida por la preponderancia de la población de la tierra, y amplificar tal comprensión. Por lo tanto, es difícil ver cómo la teoría y la práctica del desarrollo van a experimentar un cambio fundamental salvo que el discurso correspondiente admita un nuevo examen de la naturaleza del ser humano. Tal exploración no se puede efectuar simplemente por medio de la especulación y de las expresiones arbitrarias de opiniones sin fundamento. Una discusión seria de este vital asunto, forzosamente requiere un nuevo nivel de diálogo entre la ciencia y la religión.

CIENCIA Y RELIGIÓN

El reconocimiento del lazo vital entre los aspectos prácticos y espirituales de la vida humana, conduce inevitablemente a un replanteamiento de lo que constituye el bienestar, y de los posibles mecanismos para alcanzar ese bienestar. Este entendimiento subraya la necesidad de una exploración sistemática de los papeles que desempeñan la ciencia y la religión en el proceso de desarrollo.

Un primer paso en una indagación de esta naturaleza es comprender las funciones esenciales de la ciencia y de la religión en la sociedad humana. A lo largo de la historia, la civilización ha dependido de la ciencia y la religión como los dos principales sistemas de conocimiento que han guiado su desarrollo y han canalizado sus poderes intelectuales y morales². Los métodos de la ciencia han permitido que la humanidad construya un entendimiento coherente de las leyes y procesos que gobiernan la realidad física, y, hasta cierto grado, el funcionamiento de la sociedad misma. Los conocimientos de la religión han proporcionado entendimiento relacionado con las más profundas interrogantes respecto al propósito e iniciativa humanas. Durante aquellos momentos de la historia en que estas dos agencias han operado en concierto, los pueblos y las culturas se han liberado de hábitos y prácticas destructivas y han alcanzado nuevos niveles de realización técnica, artística y ética. De hecho, la acción es fruto del conocimiento, y por lo tanto, la ciencia y la religión son instrumentos o expresiones de la voluntad humana.

Sin embargo, a menudo la ciencia y la religión se han visto como esferas del quehacer humano que inherentemente son conflictivas y se excluyen. El que la agencia vigorizante de la religión haya sucumbido con frecuencia a las fuerzas del dogmatismo, de la superstición y del sectarismo teológico, es un hecho conspicuo de la historia. La Ilustración, de hecho, marcó un punto crítico en la liberación de la conciencia humana de los grilletes de la ortodoxia y fanatismo religiosos. Pero al desestimar la religión, la Ilustración también rechazó el centro moral que aquélla proporcionaba, creando una dicotomía profunda y todavía existente entre lo racional y lo sagrado. Los resultados de esta ruptura artificial entre la razón y la fe pueden observarse en el escepticismo, la enajenación y el materialismo corrosivo que tanto impregnan la vida contemporánea.

² "La Prosperidad de la Humanidad", una declaración de la Comunidad Internacional Bahá'í, 1995.

Para la vasta mayoría de la humanidad, la proposición de que la naturaleza humana tiene una dimensión espiritual es, en sí misma, una verdad evidente que encuentra su expresión en todas las esferas de la vida. En el ser humano existen anhelos fundamentales que lo inclinan hacia la trascendencia, hacia la contemplación de las causas subyacentes de la existencia y del misterio de la realidad humana misma. A través de los tiempos, las religiones del mundo han satisfecho estos anhelos existenciales básicos. Los impulsos espirituales puestos en marcha por estos sistemas religiosos han sido la principal influencia en la civilización del carácter humano. Con las enseñanzas y la guía moral de la religión, grandes segmentos de la humanidad han aprendido a disciplinar sus propensiones más bajas y a desarrollar cualidades que conducen al orden social y al adelanto cultural. Cualidades tales como la compasión, la indulgencia, la confiabilidad, la generosidad, la humildad, el valor y la disposición de sacrificarse por el bien común han constituido las bases invisibles, no obstante esenciales para la vida comunitaria progresiva. El reconocimiento y el cultivo de la naturaleza espiritual de la humanidad han engendrado la cohesión y la unidad de propósito dentro de las sociedades y entre ellas mismas, y han servido como fuente de las expresiones vitales de la civilización.

En su forma más auténtica, desprovista de acreencias dogmáticas, la religión ha impartido fundamentos espirituales y morales que de ninguna manera contradicen las verdades descubiertas por la ciencia. No hay base válida para el argumento de que existe una incompatibilidad intrínseca entre la ciencia y la religión. El proceso mismo del descubrimiento científico comprende facultades humanas tales como la imaginación y la intuición, además de la razón, y no puede ser considerado simplemente como un sistema de procedimientos bien definidos. La dicotomía histórica entre la razón y la fe es falsa. Son facultades complementarias de la naturaleza humana y ambas participan en el proceso de descubrimiento y comprensión de la realidad; ambas son herramientas que le permiten a la sociedad discernir la verdad.

Esta perspectiva se ve reforzada por los recientes adelantos científicos que sugieren una fuerte convergencia epistemológica con varias cosmologías religiosas. La física y la psicología modernas, por ejemplo, cuestionan en forma considerable la noción de que la materia es la base primaria de la realidad, o que la conciencia humana es un simple derivado de procesos neuroquímicos. El reduccionismo y el determinismo asociados a la mecánica newtoniana están dando paso a un entendimiento de los fenómenos físicos en el cual el universo es visto como un todo unificado, interconectado y en constante evolución. El hecho de que las leyes físicas permitan que complejas configuraciones biológicas emerjan y se desarrollen hasta el punto de ser conscientes, sugiere la evidencia de leyes de organización y de un ámbito superior, pero también sugiere la evidencia de diseño. En resumidas cuentas, el supuesto de que una fuerza Creativa o Divina opera en el mundo, no tiene nada de acientífico.

Estos puntos sólo cobran importancia en cuanto que fomenten un intercambio más riguroso y unificado entre las corrientes de investigación científica y religiosa. En conjunto, la ciencia y la religión proporcionan los principios fundamentales de organización por medio de los cuales los individuos, las comunidades y las instituciones funcionan y evolucionan. El uso de los métodos de la ciencia permite que la gente se vuelva más objetiva y sistemática en su enfoque hacia la solución de problemas y en su comprensión de los procesos sociales, a la vez que el recurrir a las inclinaciones espirituales de los individuos proporciona el ímpetu motivador que engendra y sostiene la acción positiva. La transformación significativa de las condiciones de la sociedad no implica simplemente la adquisición de destrezas técnicas, sino, lo que es más importante aún, el desarrollo de cualidades y actitudes que fomentan modelos cooperativos y creativos de interacción humana. La comprensión de las fuerzas que pueden efectuar cambios en las actitudes y en el comportamiento, es un campo de estudio que se sitúa como punto de relación entre la ciencia y la religión.

Un discurso que contempla los ámbitos espirituales y materiales de la existencia como entrelazados dentro del proceso de desarrollo, conlleva a una clara ruptura con la metodología de desarrollo actual. El que la ciencia y la religión tengan que desempeñar funciones en el campo del desarrollo, las que se refuerzan recíprocamente, ya no puede ser tema de debate.³ Las interrogantes sociológicas y de organización relacionadas con el avance social y económico, deben necesariamente remitirse a perspectivas y valores espirituales. Sin embargo, el modo en que las perspectivas espirituales se incorporen a las actividades de desarrollo, debe incluir los mismos métodos lógicos y rigurosos empleados por la ciencia. Esto asegurará que los esfuerzos de desarrollo estén sujetos a resultados tangibles y objetivos. De hecho, si la religión ha de ser compañera de la ciencia en la arena del desarrollo, sus contribuciones específicas se deben escudriñar cuidadosamente. Desafortunadamente, a menudo se da el caso de que la religión establecida se vea cargada por doctrinas y prácticas que inciden negativamente en los esfuerzos por mejorar las condiciones materiales. Las distorsiones sectarias que promueven la pasividad, la aceptación de la pobreza, la exclusión social o la desigualdad entre los sexos, deben contraponerse a conceptos espirituales más universales que pongan de relieve la posición central de la justicia y del servicio al bien común. En consecuencia, un nuevo enfoque de desarrollo debe también esforzarse por identificar tradiciones paternalistas y otros patrones de conducta que se prestan para minar las iniciativas del desarrollo.

CIENCIA, RELIGIÓN Y LA CONSTRUCCIÓN DE CAPACIDADES

¿Cómo pueden entonces inculcarse los principios espirituales en nuestra comprensión, práctica y evaluación del desarrollo? Este desafío no es algo nuevo. A lo largo de décadas pasadas, los pensadores del desarrollo repetidamente se han topado con asuntos relacionados con valores y creencias. Con demasiada frecuencia, sin embargo, han evitado un análisis exhaustivo del tema. Si los individuos y las comunidades han de convertirse en los protagonistas que fomenten su propio bienestar físico y social, deben ser capaces de recurrir a principios espirituales y sistemas de creencias para dar visión y dirección a sus esfuerzos. Pero esto debe realizarse de una manera que mejore tangiblemente su capacidad de definir, analizar, y satisfacer sus propias necesidades.

La empresa de construir capacidades humanas, de fomentar el cambio constructivo en el ámbito personal, comunitario e institucional, se reconoce cada vez más como el propósito fundamental del desarrollo. Cuando se visualiza como la construcción de capacidades, el desarrollo se ocupa principalmente de la generación, la aplicación y la difusión del conocimiento. Si se acepta que el conocimiento es a la vez espiritual y material en naturaleza, las metodologías de la ciencia y las percepciones de la religión pueden, al trabajar juntas de una manera sinérgica, proporcionar las herramientas esenciales para erigir sistemas sociales armoniosos y equitativos.⁴ El ubicar la generación y la aplicación del conocimiento en el centro de la planificación y de la actividad de desarrollo, posibilita el estudio de las implicaciones prácticas de los valores religiosos, en particular el papel que tienen tales valores en la generación de un enfoque unificado hacia el cambio social a nivel de las bases.

³ Se puede argumentar que puesto que las cuestiones espirituales y morales históricamente han estado ligadas a doctrinas teológicas que no son susceptibles de pruebas objetivas, estas cuestiones están afuera del marco de las inquietudes sobre desarrollo de la comunidad internacional. Concederles alguna función significativa, sería darle cabida precisamente a aquellas influencias dogmáticas que han nutrido el conflicto social y han impedido el progreso humano. Sin duda hay alguna medida de verdad en tal argumento. Sin embargo, llegar a la conclusión de que la respuesta está en desalentar la investigación de la realidad espiritual y no tener en cuenta las raíces más profundas de la motivación humana, es una posición imposible de defender.

⁴ La colaboración entre la religión y la ciencia en el campo de desarrollo puede tomar muchas formas. Un ejemplo obvio es el área de la educación moral. Puesto que el comportamiento moral es una expresión concreta de la naturaleza espiritual de la humanidad, la formulación de teorías educativas y métodos que promuevan sistemáticamente el desarrollo moral, es de importancia especial. El aprender a aplicar conceptos morales y espirituales para alcanzar el progreso material podría, de hecho, ser considerado como el requisito previo esencial de todas las iniciativas sociales y económicas.

En general se acepta que quienes son materialmente pobres deben participar directamente en los esfuerzos por mejorar su propio bienestar. Pero la naturaleza de dicha participación aún no se ha explorado por completo. Se hace más comprensible si se la examina dentro del contexto de la función del conocimiento que se presenta aquí. La participación debe ser substantiva y creativa; debe permitirle a la gente misma el acceso al conocimiento y animarle a que lo aplique. En concreto, no es suficiente que los habitantes del mundo sean partícipes de proyectos como meros beneficiarios de los productos del conocimiento, aun cuando tengan voz en ciertas decisiones. Deben de participar en la aplicación del conocimiento para crear bienestar, generando así nuevo conocimiento y contribuyendo de una manera sustancial y significativa al progreso humano. Si, de hecho, una comunidad controla los medios de conocimiento y es guiada por principios espirituales, será capaz de desarrollar los recursos materiales y las tecnologías que satisfagan e igualen sus verdaderas necesidades.

La habilidad de cualquier grupo para participar de lleno en su propio proceso de desarrollo, depende de una amplia gama de capacidades interrelacionadas en el ámbito personal y de grupo. Entre las más importantes se encuentran las capacidades de tomar la iniciativa de forma creativa y disciplinada; de pensar sistemáticamente en la comprensión de problemas y en la búsqueda de soluciones; de utilizar métodos para la toma de decisiones, que sean inclusivos y no de tipo antagónico, y; de manejar información de manera eficiente y precisa en vez de responder inconscientemente a la propaganda política y comercial; de escoger opciones tecnológicas apropiadas e informadas y desarrollar las destrezas y el compromiso necesarios para generar y aplicar el conocimiento técnico; de organizar procesos de producción ecológicamente sólidos y participar en ellos; de contribuir al diseño eficaz y a la administración de proyectos comunitarios; de establecer procesos educativos conducentes al crecimiento personal y al aprendizaje permanente y participar en ellos; de promover la solidaridad y la unidad de propósito, pensamiento y acción entre todos los miembros de una comunidad; de sustituir las relaciones basadas en la dominación y la competencia por otras basadas en la reciprocidad, la colaboración, y el servicio a los demás; de interactuar con otras culturas de manera que conduzca al adelanto de la propia cultura y no a su degradación; de fomentar el reconocimiento de la nobleza esencial de los seres humanos; de mantener altos niveles de salud física, emocional y mental; de impregnar la interacción social con un agudo sentido de justicia; y de demostrar rectitud en la administración privada y pública.

Incompleta como está, esta lista sugiere la constelación de capacidades necesarias para construir la estructura social, económica, y moral de la vida colectiva. La lista pone de relieve la función vital de los recursos científicos y religiosos para la promoción del desarrollo. Nos pone sobre aviso acerca de la gama de valores y actitudes que realzan las capacidades clave, así como de los conceptos, la información, las destrezas y los métodos que se deben emplear en su desarrollo sistemático. También subraya la importancia del aprendizaje estructurado para generar y sostener un conjunto integrado de actividades sociales y económicas.

Por lo tanto, la construcción de capacidades, según lo propuesto aquí, conlleva la capacitación del *individuo* para que manifieste sus poderes innatos de manera creativa y metódica, el formar *instituciones* para que ejerzan autoridad de tal forma que estos poderes sean canalizados hacia el enaltecimiento de los miembros de la sociedad, y el desarrollar la *comunidad* de modo que actúe como ambiente conducente a la liberación del potencial individual y al enriquecimiento de la cultura. El desafío de estos tres niveles radica en aprender a utilizar los recursos materiales y las dotes intelectuales y espirituales para ayudar al progreso de la civilización.

¿POR DÓNDE COMENZAR?

¿Cómo se inicia un discurso acerca de las funciones complementarias de la ciencia y religión para la promoción de la transformación social? ¿Cuáles son las áreas concretas de la actividad humana que pueden ser influidas de forma más significativa? Como punto de partida, se sugiere que el discurso se enfoque en el proceso de construcción de capacidades, en las siguientes áreas:

La Educación

Debido a que el avance social nace de la creación y disseminación del conocimiento, una característica dominante de la estrategia de desarrollo de las últimas décadas ha sido la educación. Inicialmente, el enfoque sobre la infraestructura física evolucionó para incluir temas relacionados con el plan de estudios, la administración, la formación pedagógica, la tecnología educativa y la relación entre las escuelas y las comunidades circundantes. Sin embargo, a pesar de logros notables, especialmente el de proveer educación primaria de manera universal, las metodologías educativas, por lo general, han probado ser inadecuadas para la liberación y el cultivo del potencial humano. Un enfoque fragmentado hacia el acceso al conocimiento, está dando como resultado una experiencia educativa acumulada que no le permite a los estudiantes entender las relaciones esenciales entre las distintas áreas de indagación humana y la realidad social. Esta fragmentación se ve exacerbada por el énfasis puesto sobre la absorción de datos en vez de la comprensión de conceptos y de procesos importantes. Más aún, rara vez se incorporan los asuntos relacionados con el propósito del individuo y la moralidad.

La situación existente requiere examinar de nuevo la colección entera del conocimiento humano y cómo puede ser estudiado y ampliado de manera holística. La educación debe esforzarse por desarrollar un sistema integrado de capacidades—técnicas, artísticas, sociales, morales y espirituales—para que los individuos puedan llevar vidas que tengan sentido y convertirse en agentes de un positivo cambio social. Es en la creación de los programas de estudio y de las metodologías que fomentan tales capacidades interrelacionadas, donde se requerirá una asociación entre la ciencia y la religión.

La Actividad Económica y la Organización

Como punto central en la tarea de volver a formar conceptos, la organización de los asuntos humanos está llegando a una comprensión apropiada de la función de la actividad económica. El desequilibrio y la injusticia económicas, ahora tan ampliamente difundidas en el mundo, son resultado directo del fracaso para colocar las cuestiones económicas dentro de un contexto más amplio de la existencia social y espiritual de la humanidad. Los planes económicos deben estar al servicio de las necesidades de las personas; no se debería esperar que las sociedades se ajusten a sí mismas para encajar con modelos económicos específicos—en particular aquellos que adoptan hábitos de adquisición y consumo desenfrenado.

La creación de patrones de actividad económica que sean ecológicamente sostenibles y abarquen desde el ámbito local hasta el global, requerirá de una reorientación fundamental tanto de los principios como de los planes institucionales que gobiernan la producción y el consumo. Los enfoques para fomentar la creación y distribución de la riqueza en las micro-regiones rurales, así como las políticas que eviten que los procesos de globalización marginen las iniciativas económicas de las bases, merecen atención especial por parte de los investigadores. Finalmente, la sociedad debe desarrollar nuevos modelos económicos plasmados por percepciones que surjan tanto de una comprensión favorable de la experiencia compartida, y de visualizar a los seres humanos en relación de unos con otros, como del reconocimiento de la función central que desempeñan la familia y la comunidad en el bienestar social y espiritual. Los recursos deben desviarse de actividades y programas que

sean perjudiciales para el individuo, las comunidades y el medio ambiente, y dirigirse hacia aquellos más pertinentes a la creación de un orden social que cultive las potencialidades ilimitadas de los seres humanos. Por tanto, la ciencia y la religión tienen una función clave que desempeñar en el desarrollo de sistemas económicos que sean vigorosamente altruistas y cooperativos en su naturaleza.

El Desarrollo Tecnológico

Una variedad de factores económicos, sociales y políticos determinan las trayectorias tecnológicas. La dirección actual del desarrollo tecnológico, sin embargo, es impulsada principalmente por fuerzas de mercado que no reflejan las necesidades básicas de los pueblos del mundo. Además, las políticas tecnológicas de los gobiernos pocas veces prestan atención explícita a las exigencias sociales y ambientales, mientras que las políticas sociales y ambientales casi nunca tienen en consideración las oportunidades tecnológicas. Existe la necesidad de una mayor coherencia.

El definir y entender la necesidad tecnológica debe ser una característica clave de cualquier proceso participativo de las bases. Se debe fomentar la capacidad de evaluación, innovación y adaptación tecnológicas entre la gente misma. Un importante primer paso en este sentido es alentar la conciencia y el respeto por el acervo existente de conocimientos de una comunidad o una cultura. Esto ayudará a la comunidad a desarrollar confianza en su capacidad de concebir e implementar soluciones innovadoras para resolver problemas difíciles. Cuando existe tal confianza, la ciencia y la tecnología pueden utilizarse más fácilmente como herramientas para conservar y extender la identidad cultural. A este respecto, el establecimiento de centros de aprendizaje locales y regionales desempeñarán una función crucial no solo en la educación y capacitación técnicas, sino también en la sistematización y ampliación del conocimiento autóctono.

Cuando el compromiso espiritual y los principios morales imbuyan los rasgos distintivos subyacentes a la vida comunitaria, el descubrimiento científico y la innovación técnica se desplegarán en formas que sirvan para enriquecer la experiencia individual y colectiva. Una toma de decisiones tecnológica que esté guiada directamente por sistemas de valores locales asegurará que no se utilice la tecnología de manera superflua. Tal orientación moral también enfocará la atención hacia los problemas más importantes que enfrentan las comunidades. Un ejemplo de particular importancia es el desarrollo de vías de tecnología sostenible en áreas rurales. El uso integrado de recursos naturales tales como los alimentos, la energía y los materiales, se volverá cada vez más una inquietud principal del desarrollo de la aldea. Especialmente relevantes a este respecto son los sistemas y las técnicas que complementan los estilos de vida agrarios de las aldeas.

La Gobernabilidad

La buena gobernabilidad es esencial para el progreso social. Aunque a menudo gobernabilidad se considera lo mismo que gobierno, de hecho implica mucho más. La gobernabilidad se da en todos los niveles y abarca las maneras en que el gobierno formal, los grupos no gubernamentales, las organizaciones comunitarias y el sector privado administran los recursos y los asuntos. Una eficaz gobernabilidad es necesaria para que las comunidades puedan mantener su equilibrio, maniobrar a través de las dificultades y responder creativamente ante los desafíos y oportunidades que tengan por delante. Tres factores que en gran parte determinan el estado de la gobernabilidad son la calidad del liderazgo, la calidad de los gobernados y la calidad de las estructuras y procesos existentes.⁵ Los tres requieren de

⁵ "El valor de la espiritualidad en el desarrollo: consideraciones iniciales con respecto a la creación de indicadores para el desarrollo con una base espiritual", una declaración de la Comunidad Internacional Bahá'í, 1998.

la construcción de capacidades.

Existe un consenso internacional emergente acerca de las características esenciales para una buena gobernabilidad, sobre todo en lo referente al gobierno formal. Estas características incluyen la democracia, el imperio de la ley, la rendición de cuentas, la transparencia y la participación de la sociedad civil. Pero las instituciones de gobernabilidad verdaderamente iluminadas—instituciones que estén libres de corrupción y que engendren la confianza pública—únicamente emergerán cuando los procesos para la toma de decisiones y de acción colectivas se guíen por principios espirituales. El desarrollar mecanismos de gobernabilidad que cumplan con este estándar, requerirá de capacitación moral y práctica. Si las instituciones que gobiernan, de hecho, facilitan la significativa participación ciudadana en la formación de conceptos, la implementación, y la evaluación de los programas y políticas públicas, entonces, en efecto, se dará un gran realce a la capacidad de una comunidad para efectuar y manejar el cambio. Esto es cierto, ya sea que las instituciones operen a nivel de aldea o lo hagan de manera internacional.

La Justicia

La justicia es prerrequisito supremo y fundamental de toda actividad de desarrollo. Es el único instrumento que asegura que el acceso y la oportunidad estén distribuidos equitativamente. Cuando la justicia es verdaderamente el factor principal en la planificación y ejecución del desarrollo, los recursos limitados no se desvían hacia la prosecución de proyectos ajenos a las prioridades sociales o económicas esenciales de una comunidad. Sólo al garantizar que la justicia se convierta en el principio rector de la interacción humana, entonces los pueblos de la tierra, con entusiasmo, se comprometerán con las iniciativas diseñadas para promover el adelanto social y económico. Las cualidades humanas relevantes tales como la honestidad, la disposición para el trabajo y el espíritu de cooperación, se canalizan de manera exitosa hacia el logro de metas colectivas que son enormemente exigentes, sólo cuando cada miembro de la sociedad—de hecho cada grupo componente dentro de la sociedad—puede confiar en que está protegido por normas y que tiene asegurados los beneficios que se aplican a todos por igual.⁶

La justicia no se debe ver como un ideal inalcanzable, sino como una capacidad en evolución que los individuos, las comunidades, y las instituciones deben esforzarse continuamente por desarrollar. La comprensión correcta y completa de la justicia depende de una participación y acción universales entre todos los miembros y agencias de la sociedad. El crear una cultura de justicia, o más específicamente de derechos humanos, está íntimamente ligado con un proceso de desarrollo moral y espiritual. Una vez que tal cultura comience a desarrollarse, se podrán abordar con eficacia cuestiones prácticas tales como la capacitación en la administración y la aplicación de la justicia, la distribución equitativa de los recursos de la comunidad y la elevación de las condiciones de personas y grupos que históricamente han estado excluidos de los beneficios y oportunidades ofrecidos por la sociedad. Por consiguiente, si la justicia ha de convertirse en el rasero indispensable de la vida cotidiana, será esencial la colaboración entre la sensibilidad científica y la religiosa de la raza humana.

⁶ "La Prosperidad de la Humanidad"

UNA VISIÓN AL FUTURO

En este momento de la historia, cuando pueblos y culturas hasta ahora aisladas interactúan por vez primera, y cuando la tierra misma ha sido reducida a una simple vecindad, la actividad de desarrollo debe necesariamente ser una empresa mundial cuyo propósito sea llevar bienestar material y espiritual a todos los habitantes del planeta. El reconocer que la humanidad es un solo pueblo con un destino común es entender que el desarrollo debe dejar de ser algo que uno hace por los demás. La tarea de erigir una sociedad mundial pacífica y justa, debe abarcar a todos los miembros de la familia humana.

Si las capacidades de los pueblos del mundo han de alcanzar los niveles necesarios para abordar las exigencias complejas del momento actual, los recursos, tanto de la razón como de la fe, tendrán que ser explotados. Las iniciativas de desarrollo no conducirán a mejoras tangibles y duraderas en el bienestar físico a menos que recurran a aquellos postulados espirituales universales que dan dirección y propósito a la vida. Si bien la ciencia puede ofrecer los métodos y las herramientas para promover el avance social y económico, por sí sola no puede fijar la dirección; la meta del desarrollo no puede provenir del interior mismo del proceso. Se necesita una visión, y esta visión adecuada nunca tomará forma si la herencia espiritual de la raza humana se sigue considerando tangencial a las políticas y a los programas de desarrollo.